

# HUMOR NEGRO

Rabí

**E**l asesino decidió esconderse en el cine, porque es menos probable que el que mata y roba tenga una vida cotidiana como la de los demás y pueda disfrutar de una buena comedia, como lo haría una conciencia tranquila. Además de ser un criminal era un actor. Solía firmar sus “escenas del crimen” con las iniciales C.C., por lo que creí que la probabilidad de encontrarlo en el cine era alta. Así que esa noche compré mi boleto para la función estelar, entré a la sala y, efectivamente, allí estaba. Entonces supe que lo tenía, así que decidí esperar al final de la película para arrestarlo, apelando a su propia actuación. No había necesidad de solicitar refuerzos o cerrar el lugar, pues el hombre apenas llevaba consigo una bolsa de palomitas de maíz. Me coloqué tres filas atrás de él para mantenerlo vigilado.

Minutos antes de que comenzara la película, dos hombres altos y regordetes, vestidos de frac, se sentaron delante de mí, obstruyendo la imagen del asesino que comía palomitas, por lo que me vi en la necesidad de cambiar de asiento, así que tomé uno justo detrás de él. Para mi sorpresa, cuando me senté en el nuevo lugar, C.C. estaba tres filas delante de mí. Mientras esperaba la película, intentaba elucidar en qué momento él también se había movido. Necesitaba estar más concentrado.

Después, tres mujeres de complexión diferente ocuparon los asientos de adelante, como si cada una fuera el consecutivo de una *matrioska*. Cambié de butaca y una vez más intenté situarme en la fila de atrás, pero su silueta volvía a aparecerse tres filas adelante. Me di cuenta que no se podía pestañear ante él. Daba la impresión de que quería jugarme una

broma. Las otras diecisiete veces que cambié de lugar lo hice sólo por curiosidad y el resultado siempre fue el mismo. No recordaba que hubiera tantas filas de asientos en la sala. Era un hecho que él jamás se movía, era yo el que oscilaba en una situación bastante cómica y extraña.

La última vez que mudé de lugar fue cuando comenzaron a lloverme los silbidos y vituperios. Ya era suficiente, por lo que tomé mi asiento pidiendo disculpas. Miré al frente para confirmar de nueva cuenta la distancia entre el asesino y yo, pero éste había desaparecido. Miraba como loco a los alrededores de la sala y justo cuando me puse de pie para correr hacia la salida, cayeron nuevamente los silbidos. Un auriga, pendiente del bien común, hizo caer mi cuerpo en el asiento con más incertidumbre y vergüenza que voluntad. Fue entonces que, al mirar de reojo, lo encontré; estaba a mi izquierda comiendo palomitas, impertertable, cual dios mudo. En ese instante comenzó a rodar la película.

El filme transcurría entre risotadas e hilaridades que, en lo particular, me parecían bastante baratas; quiero creer que lo mismo pensaba el asesino, que en todo ese tiempo no lo había visto siquiera sonreír. Todo lo contrario ocurría con el resto de los espectadores, la gente reía y brincaba de su asiento a carcajadas, como simios; los hombres aflojaban el nudo de su corbata para dejar entrar bocanadas de aire y sacar risotadas; las mujeres dejaban salir sus más vergonzosas risas nasales.

Las escenas proyectadas me hicieron pensar en lo que fue la invención del jabón, uno de los más importantes logros de la Revolución industrial, con el cual los hombres se permitieron estar a la altura de su época; había que ser serios y limpios para separarse por fin de las máquinas engrasadas. Eso hasta que a alguien se le ocurrió meter un colador doméstico en un balde de agua con jabón y, contra la funcionalidad y contra el viento, salieron cientos de pompas. Hoy la industria de las burbujas y el uso no lógico del jabón es bastante rentable: chistoso, explosivo; sea en pompas, sea en Irak.

Las personas en el cine se morían de risa por las mismas razones. En la pantalla, un hombre chaparrito y bonachón no entendía la lógica de la producción en serie porque no podía ser serio. Ni cuando ensamblaba máquinas con un pepino, ni cuando enroscaba la misma tuerca todos los días, todos los meses, hasta el infinito. La comicidad de un engranaje funcionando hasta la hora infinita es grandísima, tal y como un avión con destino al *World Trade Center*. Incluso yo había comenzado a sonreír por alguna peripecia del hombre en la pantalla o por algún

uso no lógico de los objetos. El asesino se limitaba a comer palomitas y su seriedad me hacía sentir un niño que ríe de un pastelazo en la cara.

La probabilidad de encontrar a un asesino en el cine (en toda la extensión de la palabra) es alta. Como también es muy probable localizar a Raquel, una *chef* brillante que puede preparar casi cualquier platillo existente en el mundo, gracias a los años y años de práctica; a fin de cuentas, era lo único que podía hacer en su ciudad natal, donde las mujeres que salían de casa eran asesinadas. O Edgar, arquitecto graduado con honores que viaja a Siria, su ciudad, a reconstruir lo que otros tiraron y volverán a tirar con conocimientos básicos de ingeniería ¡boom! Esas probabilidades son igualmente cómicas, sin duda son películas que pagaría por ver. No piensen mal de mi humor metafísico, o retraso mental, o simple patanería. Resulta cómico que la razón se equivoque con balas perfectas, con palabras que, como los chistes, en sí mismas son ilógicas, contradictorias, falsas e irónicas. Como esos chistes de “estado”: “*Tóc, toc*; ¿quién es?; el estado; ¿qué quiere?; combatir el crimen con los medios de la guerra” *ja, ja, ja*; “*Tóc, toc*; ¿quién es?; el estado; ¿qué quiere?; rascacielos de donde la gente pueda suicidarse” *ja, ja, ja*; “*Tóc, toc*; ¿quién es?; el estado; ¿qué quiere?; fallar” *ja, ja, ja*.

Las risas se desbordaron cuando el protagonista de la película arreglaba narices con la llave para tuercas o cuando engrasaba máquinas humanas con la aceitera. No pude evitar soltar una carcajada cuando al hombre de la cinta se lo llevaban al manicomio por su uso no lógico de las cosas. Salvo el asesino que tenía a mi izquierda, todos reíamos como maniacos, casi olvidando nuestra condición humana; comenzábamos a parecer una manada de monos jadeantes y eufóricos. No podía parar de reír de las complicaciones modernas del hombre de la pantalla, reía hasta las lágrimas y entonces entendí lo que estaba sucediendo: me encontraba en medio de un nuevo crimen de C.C. Otro asesinato masivo, otro atentado en contra de la especie. No me di cuenta en qué momento el asesino abandonó su asiento. Cuando me puse de pie, al notar su huida, sólo pude ver cómo salía de la sala contoneando su bastón, y dejando atrás a una sarta de personas carcajeándose aún en los créditos finales de la película. Se había consumado un delito más en contra de la humanidad.

Al salir del cine lo perdí de vista, se había ido y yo continuaba riéndome de la tuerca que gira y gira; de mí, porque se me había escapado el asesino; y de nosotros, los asesinados; simios que se ríen del propio lustre de sus corbatas. Cuando volví la mirada hacia la cartelera pude ver la pista que me había llevado hasta ese lugar: *Tonight: Modern Times by Charles Chaplin*.



*Cine Madero, Saúl Adrián Solís Delgadillo.*